

tro pensamiento como un crimen, y ahogar nuestra palabra, á cometer por fuerza ese infanticidio horrible en la conciencia; mientras todos los hombres no tengan sus derechos individuales consagrados en las leyes y todas las naciones su independencia reconocida en Europa, no les habéis, no, á los hijos de Polonia, de España esclava, de Roma muerta, no les habéis de paz; tanto valdria haber impedido al sublime mártir Espartaco transformar en espada el hierro de sus cadenas. La paz no puede ser, añado yo, sino el fruto de la libertad, y la libertad no puede ser sino el fruto de la democracia, y la democracia en aquel momento no podia ser sino el fruto de la revolución. Las monarquías de todos los países necesitan privilegios de toda naturaleza y los privilegios engendran la guerra como la corrupcion del aire la peste, y como la peste la muerte. Una monarquía no puede existir sino con estas condiciones; una aristocracia que la guarezca; un clero que la bendiga; una centralizacion que la apoye, y por consiguiente una monarquía no puede vivir sino en medio de la guerra, que le han de armar por precision las democracias proscriptas y que ha de resultar por necesidad de los derechos violados. El Congreso de la paz fué, pues, el Congreso de la revolución.

Hé ahí por qué la presencia de Garibaldi en el Congreso era una gran necesidad y le dió un profundo sentido. Yo no disputaré ni sobre los talentos políticos ni sobre los talentos literarios de Garibaldi tan maltratados en toda Europa, con motivo de su aparicion en el Congreso de Ginebra, y de su conducta en la ciudad, y de sus palabras en la Asamblea. Humilde de talento, ha tenido fé en aquello que no creían posible los talentos más profundos. Garibaldi no es Maquiavelo; pero indudablemente es Savonarola. No pertenece á la raza de los ergotistas; pero pertenece á la raza de esas legiones que iluminan las noches de la historia, pertenece á la raza de los héroes y de los mártires. En los siglos

primeros de nuestra era, hubiera ido á la cruz con los redentores de la religion, en los siglos medios, á las hogueras con los tribunos del pensamiento; en nuestro siglo, ha ido á los campos de batalla con los soldados de la democracia; y en todos tiempos hubiera pertenecido á los hombres de fé, que humildes y hasta ignorantes, en el fuego de su alma, funden la materia candente que se necesita para amasar una nueva sociedad. Él puede pasear su tranquila mirada sobre esa nube de publicistas que le niegan el sentido político, y preguntarles cuál de ellos ha derribado en tres dias una corona y hecho en tres meses una Italia. Estamos tan acostumbrados á ver unido el talento político á la mentira y al crimen, que no podemos creerlo hermanado con la virtud y la verdad. La política es todavía en los parlamentos el arte de mentir, y es todavía en las cortes el arte de engañar; es el catecismo del crimen. La política para un hombre de la sinceridad infantil, de la bondad angélica, del candor primitivo, de la conciencia pura y trasparente de las virtudes ingenuas de Garibaldi, la política es un eterno manantial de verdades, una agua pura y salútfera donde se fortifican los pueblos. No era político, es verdad, en el sentido que hoy se dá á la palabra, creer que la Ginebra de Fazy era la Ginebra de Calvino. No era político unir la causa puramente civil, puramente nacional, puramente democrática de la caida del poder temporal con la causa protestante de la caida del Pontificado. No era político pedir á una asamblea, donde pululaban los ateos y los materialistas, que proclamara muerto el catolicismo y promulgase la religion del nuevo Dios de la libertad y del progreso. Pero el dia que le quitárais á ese hombre sencillo el candor sublime de los redentores, que han salvado al mundo por la fé, le quitábais la cualidad que le hace único en este siglo cercano á la barbárie por el refinamiento de la cultura. El, sin acordarse de los católicos de Carouge, creyó que Ginebra debia

tener á orgullo continuar siendo la Roma protestante; él, sin acordarse de Rattazzi y de las habilidades diplomáticas, por donde querian ir á Roma los Maquiavelos de bajo cuño, notificó al mundo sus propósitos; él, sin acordarse de las supersticiones de sus compatriotas, sabiendo que el Pontificado ha abierto eternamente al extranjero las puertas de Italia, que ha quemado á Giordano Bruno, que ha arrancado la luz á los ojos de Galileo, y la lengua á la boca de Vanini, declaró muerto el pontificado; él, sin acordarse de los materialistas y de los ateos, miembro de una raza religiosa y artística, proclamó ante el mundo, el Dios de su pura conciencia, el Dios que ha encendido en su alma de tribuno la fé, el Dios que ha visto resplandecer en su vida de marino, como una luz inextinguible en los astros del cielo y en las estelas del mar. Que los hábiles se levanten y digan: yo haré más, yo conseguiré más, yo podré más que ese hombre, á cuya voz se conmueven sobre su trono de sombras diez y nueve siglos de supersticiones y de mentiras.

Cuatro discursos se pronunciaron que produjeron una honda sensacion: discurso de Lemmonier, que yo llamaré el discurso de doctrina, declarando sólo compatible la paz perpétua con el establecimiento de la República; discurso de Simon de Treves, que yo llamaré el discurso del momento, declarando que Alemania no heriria ninguna susceptibilidad europea el dia que fundase su gran trabajo de unidad en la federacion republicana; discurso de Edgard Quinet, que yo llamaré el quejido, el dolor de la proscripcion, declarando que la conciencia humana ha muerto desde el momento en que ha considerado criminales á los defensores de derecho, y el discurso, sin ningun género de exageracion más aplaudido, más celebrado, más elocuente, el discurso que mostraba la democracia práctica, la verdad realizada, el discurso eco de la República, el discurso eco del Nuevo Mundo, el discurso de Hector Florencio Va-

rela. La idea del primer discurso es exacta. Las faltas de un hombre pueden perder un siglo, mientras no sean los gobiernos amovibles. La inviolabilidad de un hombre es su endiosamiento, y el endiosamiento de un hombre es contrario á su responsabilidad, base de los gobiernos libres. La herencia del poder por uno solo, mata el derecho de todos. Un privilegio anterior y superior á la soberanía del pueblo, es incompatible con la democracia. Las monarquías, para ocultar todos estos errores á los pueblos, los mantendrán en una dañosa rivalidad, generadora de la guerra. La paz sólo es compatible con la República. El discurso de Simon de Treves no era ménos fundado. Por haber perdido en 1848 la democracia alemana el momento preciso de fundar la unidad en la República, vemos ahora fundarse la unidad en el derecho divino; por no haber acertado á constituir una libertad que hubiera sido la paz de Europa, nos encontramos con un imperio militar que es la guerra. Caro van á pagar su error, muy caro, con la muerte de sus hijos, con la pérdida de sus propiedades, los pueblos que, ó no supieron fundar, ó no supieron sostener despues de 1848 la República, que era la alianza de la democracia con la libertad, y por consiguiente, la paz del mundo. Así es que el discurso de Quinet, ese discurso elocuentísimo, con su fondo de desesperacion y de amargura, con su forma de elegía, de larga y resonante lamentacion, era el discurso de las angustias presentes, el discurso de las dudas que nos asaltan, el discurso de los dolores que nos desgarran. El corazon se parte de pena al saber, por la boca de un hombre honrado, que la conciencia humana ha muerto, como se partian de pena las piedras de Jerusalem al saber, por boca de los ángeles, la muerte del justo. Pero si la conciencia individual desmaya, si la conciencia de un siglo se eclipsa, no hay en el mundo, ni en los soles, ni en todo el sistema planetario, un sepulcro que pueda contener el cadáver de la

conciencia humana. De los sofistas nació Sócrates, de los gnósticos y los esenios Cristo, de los nominalistas y los realistas Lutero, de los excépticos y de los jansenistas la Convención francesa. La corrupción de hoy es la semilla que se pudre en la tierra, más para dar de sí el árbol de la libertad. No repitamos la palabra de Bruto, al hundirse la espada en el corazón sobre el desolado campo de Philippos, en la última noche de la República: la

virtud es un nombre vano. ¡Oh! no. Cuando por ella nos hemos visto arrancados de nuestros hogares, desalojados de nuestras cátedras, perseguidos como fieras por los mismos que persiguen á los criminales hasta en la tierra del destierro, consolémonos con creer que no nos hemos sacrificado por la muerte, consolémonos con creer que existe el sagrado objeto de tanto amor y de tantos dolores; la virtud de la libertad.

CAPITULO LXIX.

UNA REVOLUCION PACIFICA.

El Congreso de la paz no estaba tan lejos de la realidad cuando Europa presenciaba en aquellos años el espectáculo de una revolución pacífica llevada á cima por la prudente y mesuradísima Inglaterra.

La poderosa Iglesia anglicana, que por espacio de tres siglos ha dirigido la conciencia de este gran pueblo; que ha entrado vencedora bajo los agudos arcos de Westminster levantados en la Edad Media á la fé católica, cuyos reflejos todavía se descubren por aquellas místicas ogivas; que ha construido, como rival de San Pedro de Roma, su majestuosa basílica de San Pablo, para abrigar gerarquías de obispos y de sacerdotes más ricos y más poderosos que los clérigos católicos del continente; esa Iglesia que ha visto á la gran ciudad de Londres lanzarse á las llamas y arder en un incendio infinito por conservar su intolerancia, será hoy expulsada de Irlanda en nombre de los derechos de la conciencia humana, y mañana, en plazo más ó menos breve, separada del Estado británico, en nombre de la libertad y de la justicia.

Pensad, pensad un momento, vosotros, los dedicados de antiguo al titánico trabajo de abrir surcos en las inteligencias para sembrar las ideas; pensad en los prodigios de reflexión, que necesita un protestante, educado en estos hogares, tan sombríos como una fortaleza, tan severos como un templo, para levantarse animosamente sobre su educación, y tender la mano á los eternos enemigos de su fé y de su raza, á los celtas oprimidos y oscuros, á los católicos de Irlanda. Y esta revolución, que es profundamente constitucional, porque la constitución británica reposa en la confusión de la Iglesia y del Estado; que es profundamente religiosa, porque la Iglesia anglicana descansa en el reconocimiento del privilegio de su dogma sobre los dogmas católicos; y que es profundamente social, porque va á disolver propiedades acumuladas por los siglos; esta revolución, cuya trascendencia no cabe ni en el ilimitado seno del pensamiento humano, tiene de su parte á esa grande asociación liberal de Inglaterra, compuesta en su mayoría de comerciantes